

Una reafirmación

“Defensa del funcionalismo”.

Carlos Flores se hace eco en este artículo de la celebración de la que sería la última reunión del grupo CIAM o, más bien, la primera dominada por el *Team 10*, y lo hace considerando lo que allí sucedió como muestra de los derroteros formalistas por los que iban a discurrir la arquitectura a partir de esos años. Muy apropiadamente, atribuye el inicio de este nuevo derrotero a Ernesto Rogers y al edificio que éste mostró entonces en representación del equipo BBPR: la Torre Velasca de Milán.

En el mismo año en que C.F. publicó su artículo, 1961, apareció el libro *CIAM '59 in Otterlo*, en el que Oscar Newman –por encargo de Jacob B. Bakema– recogía y organizaba el material expuesto en la reunión junto con el contenido de las intervenciones y de los debates subsiguientes. Desconozco si el libro apareció antes o después de que C.F. escribiese su artículo y si tuvo o no ocasión de consultarlo previamente. Pero su lectura plantea algunos problemas, no respecto a la apreciación de C.F. sobre el renacimiento del formalismo, sino sobre su resumen de lo que sucedió en Otterlo.

C.F. señala que «los que mantenían semejante posición disidente se agruparon en torno al grupo italiano BBPR, que constituyó de este modo una especie de cabeza visible de la oposición. Naturalmente, la Torre Velasca, del citado estudio, se tomó un poco como símbolo de lo que pretendía significar esta nueva arquitectura.» Sin embargo, la publicación de las intervenciones muestra que, en realidad, la Torre Velasca fue el edificio en el que se cebaron las críticas, no sólo de un representante de la “vieja guardia” como Kenzo Tange, sino principalmente de dos de los miembros más activos e influyentes de la facción disidente, Jacob Bakema y Peter Smithson, que, junto

con Aldo van Eyck y Alison Smithson, constituían el grupo más intelectual del *Team 10*. Bakema, Smithson y van Eyck atacaron el proyecto por ser un atajo formalista que se inspira directamente en un edificio histórico. Smithson contrapuso la estética cerrada de este proyecto a una estética abierta que ellos –y en conjunto el *Team 10*– promovían.

C.F. en la mejor tradición moralista y de responsabilidad social propia de la arquitectura moderna, critica los formalismos –“neobarroquismos” y “neoliberties”– que habían surgido en aquellos años, especialmente en Italia y EE.UU. Y reivindica, acertadamente, el sentido de la responsabilidad y servicio que la arquitectura ha de tener y su cometido fundamental de proveer una vivienda digna a todos los seres humanos. Ahora bien, por muy consciente que una arquitectura sea de resolver sus cometidos funcionales y sociales, tiene necesariamente que constituirse en forma, que definir un sistema o procedimiento formal que la haga posible. Esta búsqueda de una condición ética, y, simultáneamente, de unos principios organizadores formales, que permitan «la expresión tridimensional de la conducta humana» fue el propósito concluyente de la reunión de Otterlo, tal como lo manifestaron los principales miembros del *Team 10*. Aunque los Smithson llevaron a la reunión una comunicación sobre sus conceptos básicos de asociación, identidad, *cluster*, modelos de crecimiento y de movilidad, y un estudio de las vías de tráfico de Londres, lo cierto es que ya habían aplicado estos conceptos en sus influyentes propuestas para el Concurso de viviendas Golden Lane (1952), para el de la Universidad de Sheffield (1953) y para el de Berlín Capital (1952). Aldo van Eyck presentó el magistral Orfanato de Amsterdam (1955-60), y Louis Kahn, cuya conferencia clausuró la reunión, había realizado ya la Galería de Arte de la Universidad de Yale (1951-53), el proyecto del Centro para la comunidad judía en Trenton (1954-59) y estaba realizando los laboratorios de investigaciones médicas A.N. Richards (1957-61).

Aunque C.F. no lo menciona en su artículo, pienso que estaría de acuerdo en afirmar que si el edificio de la Torre Velasca supuso quizá, y a pesar de su brillantez, una vía muerta o un camino sin salida, los edificios menos monumentales de Louis Kahn y las respuestas y realizaciones de los Smithson, de van Eyck, y las de otros participantes en la reunión, incluidos los “meridionales” Gardella, Coderch y Valls, Tavora, etc., mostraron caminos de continuidad con la arquitectura del Movimiento Moderno. Estas propuestas abrieron también nuevas vías que iban a quedar de algún modo interrumpidas –o convertidas en experiencias demasiado restringidas– por los avatares del pensamiento arquitectónico italiano –Rossi y la *Tendenza*– y americano –Venturi– mediados de los años sesenta.

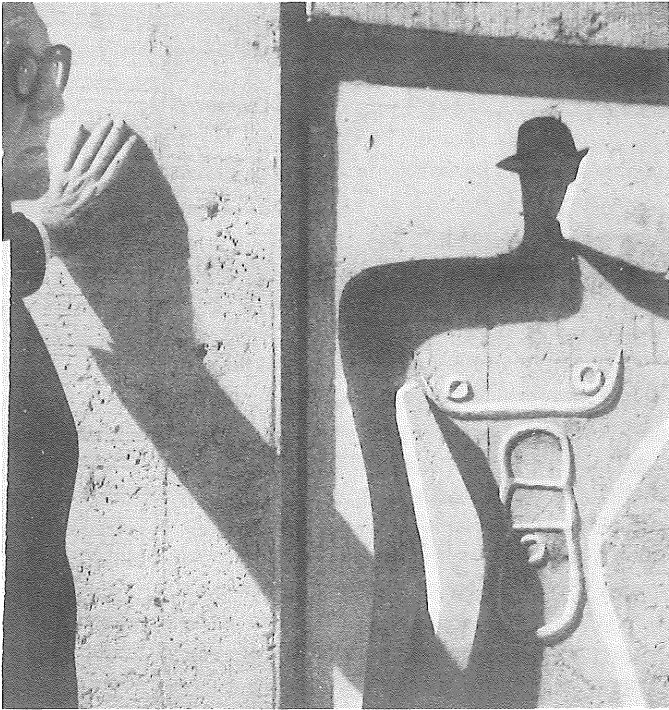
Una reinterpretación

“La lección de Gaudí”.

En los comienzos de un largo trabajo sobre Gaudí, Jujol y el modernismo catalán se sitúa este artículo sobre el primero de ellos. En él, C.F. analiza la obra del maestro desde un punto de vista acorde con el pensamiento ya expresado en el artículo anterior: la defensa del funcionalismo y el rechazo del formalismo.

C.F. se apoya para esto en una frase del propio Gaudí: «originalidad es volver al origen»; y sería esta originalidad como vuelta al origen, como nuevo análisis de la raíces más profundas de cada problema, la que haría de Gaudí un racionalista que sigue un proceso lógico de razonamiento, incluso un verdadero funcionalista. De este modo, la originalidad de la obra de Gaudí sería consecuencia de esa vuelta al origen el origen y la belleza de sus realizaciones resultaría de la aplicación de su capacidad creadora a la resolución de unos determinados problemas utilitarios. Aunque C.F. afirma que «no puede sostenerse que Gaudí fuera un funcionalista sin otras preocupaciones», su interpretación –además de constituir un incisivo acercamiento a la obra del maestro catalán– es consecuente con la postura del propio crítico de defensa a ultranza del funcionalismo. Un funcionalismo que es para él la esencia incuestionable de la arquitectura moderna y que esgrime en oposición a los «formalismos romántico-expresionistas» que, como resultado del amaneramiento y contaminación de los principios de la arquitectura moderna, estaban en boga en el panorama arquitectónico de aquellos años.

Fue una apreciación crítica fundamental de C.F. el entender que la obra de Gaudí no se debía valorar sólo por su exuberancia formal, pues aunque alguna vez es gratuita, suele estar fundamentada en una lógica estructural, constructiva y de uso. Ésto contribuyó a presentar bajo una nueva luz la figura de Gaudí, entendiéndola dentro de unos principios de rigor y de un panorama arquitectónico más amplio, y no como una figura caprichosa y aislada. Además, permitió al crítico insistir en unos principios, los de racionalidad y funcionalidad, que constitúan, y seguramente siguen constituyendo, su propio credo arquitectónico:



Una recapitulación

“Le Corbusier (1887-1965)”.

Con motivo de la muerte de Le Corbusier y en una serie de puntos breves –verdaderos aforismos algunos de ellos–, C.F. repasa otros tantos aspectos de su personalidad humana y arquitectónica. Y lo hace enfrentando conceptos opuestos, lo que da gran viveza al discurso y permite alcanzar diversos objetivos críticos:

Pone de manifiesto enriquecedoras contradicciones de su carácter: suizo pero latino; centroeuropeo pero meridional, incluso mediterráneo; cerebral en sus teorías pero sensible en su actividad creadora; defensor de un estricto rigor científico pero amante de la libertad del artista; con una vida marcada por la amargura pero manteniendo su indestructible optimismo.

Desmonta algunos tópicos sobre su trayectoria: sin titulación académica pero arquitecto genial; antipático en sus escritos y con problemas como constructor pero figura de talla difícilmente equiparable.

Lleva a cabo importantes puntualizaciones: racionalista y funcionalista pero idealista y romántico; tachado alternativamente de fascista, comunista o burgués pero en realidad no acreedor a ninguno de estos calificativos.

Y, como auténtica recapitulación, reaparecen aquí las preocupaciones críticas de C.F. presentes en los dos artículos anteriores:

1. La defensa del funcionalismo frente al formalismo. Para ello, C.F. diferencia el formalismo de los Saarinen, Rudolph, Yamasaki, etc., de la fantasía formal desplegada por Le Corbusier, por ejemplo en Chandigarh. Pero añade la matización de que, frente a una defensa inmovilista de la arquitectura moderna, la muerte del maestro ponía en evidencia que el Movimiento Moderno empezaba a ser historia y, por tanto, debía mantenerse como tradición viva, no como algo inmutable.

2. La lección de Gaudí: racionalidad y originalidad como vuelta al origen. Le Corbusier admiraba la obra del arquitecto catalán e hizo suya esa lección. Pero, en contra de lo que pudiera parecer, la capilla de Ronchamp no es precisamente un ejemplo de proximidad con esa obra, dado el divorcio entre estructura y forma plástica que en Ronchamp se produce, contrariamente a lo que es habitual en la obra de Gaudí.

En tan breve espacio, C.F. resume, aclara y precisa una multiplicidad de aspectos de la trayectoria de Le Corbusier, a la vez que insiste en la tesis de antiformalismo y racionalidad contenida en los dos artículos anteriores. Esto es, da una auténtica lección de concisión crítica.